

AÑO II - BUENOS AIRES, ABRIL 22 DE 1918 - N° 23

# LA NOVELA SEMANAL



**ASÍ** El Apóstol del Ayuí

POR

Juan José de Soiza Reilly

PRECIO: 10 Centavos

DIRECCION:

**MIGUEL SANS - ARMANDO DEL CASTILLO**

**EL LUNES PROXIMO SE PUBLICARA**

24. **“HOLOCAUSTO”**, de CESAR CARRIZO.

Anticipamos a nuestros lectores que esta novela ha de despertar profundo interés por constituir un estudio brillante del paisaje de Corrientes y un drama conmovedor transcurrido realmente en aquella Provincia y del cual se ocuparon en oportunidad los diarios de Bs. Aires. Complementa su interés el relacionarse con el Ejército Argentino en provincias y en su aspecto sentimental.

I.A DIRECCION

**SUCESIVAMENTE**

25. **EL POZO DE LAS MURENAS,**

del original escritor PEDRO ANGELICI, interesantísima novela trágica de la Roma Imperial.

# El apóstol del Ayuí <sup>(1)</sup>

Episodio histórico del Uruguay

por JUAN JOSE DE SOIZA REILLY

A BON ENTENDEUR, SALUT!

El autor,—hombre fantástico,—apresúrase a declarar que esta narración no irradia ningún reflejo de su fantasía.

“El Apóstol del Ayuí” está basado en la seriedad de datos excesivamente populares, extraídos, con paciencia, de un núcleo brillante de historiadores pulcros y sinceros. Tan sinceros que — como los juzgaría Paul de Saint Victor — carecen en absoluto del talento necesario para la invención de una bella mentira...

(1) Arroyo del Ayuí, — al norte de Concordia, — en cuyas márgenes acampó el Libertador uruguayo José Gervasio Artigas con todo el pueblo oriental. Allí prefirió el hambre del ostracismo a la vergüenza del chicote extranjero. “Exodo del Pueblo Oriental”. Año 1811.

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

PIDANSE EN LOS KIOSKOS, ESTACIONES DEL SUBTERRANEO Y VENDEDORES DE DIARIOS, LOS NUMEROS ANTERIORES

### La traición

El campamento olía a churrasco, Alrededor de los fogones de la tarde, los milicos aguzaban su apetito mirando asar la carne sobre la leña en brasas. El chirriar de la gordura y el perfume de la pulpa dorada por el fuego, despertaba en el espíritu de aquellos gauchos heroicos la misma sensación voluptuosa del gato cuando aherroja entre las uñas a un ratón que agoniza... En el silencio de la espera, el mate iba de mano en mano como un cordial apretón de amistad que ligara a esos hombres tan unidos ya en el sacrificio y en la gloria. Junto a cada vivaque los caballos pacían, sin alejarse mucho de sus dueños. A pesar de estar libres, hubiérase dicho que una maravillosa disciplina bélica les obligaba a permanecer al lado de sus amos, prontos para correr con ellos al primer alerta del tambor de la Patria. De vez en cuando erguían la cabeza. Aspiraban el humo. Y, en seguida, volvían a sus hierbas con las narices dilatadas por la sensualidad.

A la vera de un fogón, un soldado payaba trovas tristes. Era, a la vez, un canto de amor y de pelea, con humedad de lágrimas y sequedad de pólvora.

—Callate, Andresito, — exclamó un sargento. — No cantés. Allí viene don Frutos...

Don Frutos se aproximaba. Era un oficialito de veinte años, pero alto y sólido como la madera del timbó. Hacía vida común con sus soldados, costumbre natural en tiempos de epopeya cuando el verdadero patriotismo americano caminaba en ojotas y cuando los patriotas de verdad libertaban sus patrias haciéndose contrabandistas y matreros (1). Su tez era morena y su cabello recio. Sus ojos, negros y luminosos, parecían dos ascuas. Cuando se enojaba, su mirada dolía. En la batalla de Las Piedras, aquel formidable muchachote negro realizó hazañas de leyenda. Al final de la batalla se encontró, de repente, rodeado de bravos españoles. Iban a deshacerlo a puñaladas... Viéndose perdido, — ágil como un indio, — púsose de pie sobre el caballo. Dió una voltereta en el aire, por encima de sus enemigos y cayó enhorquetado sobre otro caballo que pasaba al galope. Su audacia era tan grande que se

---

(1) Los detractores de Artigas acúsansle de que en su juventud fuera contrabandista. No existen documentos probatorios. Pero, — aunque existieran, — hay una frase del honesto Mitre que salvaría a Artigas de tamaña injusticia: "... el contrabando era una necesidad de vida para los americanos". Historia de Belgrano, capítulo I, versículo IV.

la creía milagrosa. En el campamento nadie le había visto reír. Nadie, tampoco, lo vió nunca llorar. Exteriorizaba su alegría en una torcedura de la boca. Hacía una mueca oblicua. Nada más... No era fácil saber cuándo estaba contento. Pero, era más difícil aún saber cuándo sufría.. En los momentos de pena no se quejaba nunca. Permanecía largo rato con los ojos inmóviles. Después, con un gesto nervioso, escupía por entre los colmillos, al sesgo, como si en aquel terrible salivazo volcara para siempre toda su pesadumbre. En la batalla de Las Piedras, el General Libertador lo ascendió a capitán. Ejercía sobre los soldados tal dominio que, además de temerle, lo adoraban.

—Buenas tardes, amigos.

—Buenas, don Frutos.

Nadie se atrevía a hablar. Don Frutos sentóse sobre un cráneo de vaca, con los ojos fijos en el fuego. Los soldados miraban al capitán con ansias de saber algo del Estado Mayor. Desde hacía una semana circulaban noticias alarmantes. ¿Recibirían nuevos contingentes para avanzar sobre Montevideo o serían los "godos" (1) quienes atacarían con fuerzas superiores sobre los patriotas? En este último caso, la derrota sería inevitable para la independencia... Era tan intensa la emoción de todos, que hasta olvidaban remover los tizones cubiertos de ceniza. El pensamiento de los libertadores andaba por las nubes. El capitán los retrajo a la tierra...

—Pero, muchachos, ¿no echar la salmuera?

Los ojos se fueron sobre un viejo del grupo. El era el oficiante de la liturgia con que los criollos hacen el asado. El viejo, mitad gaucho por las bombachas y mitad "blandengue" (2) por su capote a rayas, color plomo, se puso de pie. Tenía en las manos una "guampa" con salmuera. Mientras vertía el líquido sobre la carne crepitante, habló:

—Linda tarde, don Frutos, para churrasquear sin que el enemigo nos sorprenda comiendo...

—¿Linda tarde? No, ché... Linda por fuera, pero negra por dentro.

—Entonces, ¿es verdad que hay novedades? ¿Viene tormenta?

El auditorio, impaciente, aguaitó. Don Frutos miraba con fi-

(1) *Godos* — Llamábase así a los españoles o partidarios de la dominación española y portuguesa.

(2) "Antiguos lanceros del Río de la Plata, destinados a guerrear contra los indios de las Pampas de Buenos Aires." — Vocabulario Ríoplatense Razonado, de Daniel Granada.

## EL APÓSTOL DEL AYUÍ

---

jeza las brasas. Torció la boca hacia arriba. Escupió oblicuamente. Extendió un brazo mostrando la hilera de carretas inmóviles, dormidas al borde del campamento.

—Sí. ¡Allá está la tormenta!

Todas las pupilas se volvieron hacia las carretas. Mansas y hospitalarias carretas criollas, condecoradas por las balas ibéricas y ocupadas ahora por las familias de los héroes vagabundos. Y las miraron como si en realidad dentro de ellas zumbara una tormenta.

Roto el fuego, atreviéndose a preguntar un indiecito:

—Y el general ¿qué dice?

—El general está furioso. Y con razón. Después de la victoria de Las Piedras que es el primer triunfo de la revolución americana, — después de todos los sacrificios que hemos hecho y que haremos para librar del extranjero a la Banda Oriental, el general no quiere doblegarse bajo la cobardía de la Junta.

—¿Y qué pretende la Junta? — interrumpió, nervioso, el payador. — ¿Acaso el general no es dueño de mandar en su tierra?

—La Junta, — continuó don Frutos, — quiere celebrar un armisticio con Elío, levantando el sitio de Montevideo. Pero Elío, se siente todavía débil. Ha pedido ayuda a los portugueses. Y éstos, al mando del general Diego de Souza, invadirán nuestra provincia para que la princesa Carlota sea reina de los orientales.

—¿La Carlota reina de los orientales?, — gritó el payador poniéndose de pie y esgrimiendo la guitarra como un arma. — ¡Eso nunca! ¿No es cierto, canejo?

En el grupo se oyó un murmullo de sables y gruñidos. Era la respuesta afirmativa de los demás soldados. En los tiempos bravíos de la libertad, los héroes no hablaban: rugían...

### La carreta misteriosa

El campamento llenábase de sombra. Reinaba una penumbra salpicada de trecho en trecho por el resplandor de los fogones, extinguiéndose... Los perros cimarrones — de los que había en el campamento tantos como soldados — no ladraban. Sabían la disciplina del instinto. Callaban. Despistaban... Las carretas, convertidas en hogar de las familias patricias que Elío, al comenzar el sitio de Montevideo, echara de la ciudad hacia el campo de batalla, ocultábanse en la noche como negros fantasmas con un ojo de luz. Entre las ruedas temblaban los candiles. Solamente una de las carretas permanecía sin lumbre.

Apoyado en el pértigo de esa misma carreta, un hombre, cu-

bierto a medias por un poncho azul, contemplaba el campamento dormido. Miraba a través de la sombra con sus ojos azules como el poncho... Los ojos eran dulces y tranquilos, como suelen ser los ojos de los hombres de carácter que desprecian el miedo a la vida porque poseen en su voluntad, la fuerza de imponerla... Su larga cabellera le caía sobre los hombros a la moda gaucha. Su nariz era aguda y austera como el pico de las aves que viven en las cumbres. Así, de pie, apoyado en la carreta, de poncho y de chambergo, inmóvil, bello, con la gallardía de un hombre de combate, era como una estatua de granito... Al revés de los hombres nerviosos que necesitan pensar haciendo gestos y volcando palabras, éste ni siquiera movía el entrecejo.

De repente se estremeció.

Del interior de la carreta salía una voz de mujer quejándose y riéndose. Era una voz suave y extraña de canción amorosa, cortada por risas y sollozos. Era como si aquella mujer, al tiempo de cantar, sufriera algún suplicio. El canto terminó en un grito que retumbó en el campamento:

—¡Amor mío! ¡Amor mío!

El hombre del poncho azul se acercó a la carreta. Levantó la cortina. Sin mirar adentro, introdujo una mano, moviéndola, como acariciando alguna cosa. Al instante, la voz triste calló...

El hombre retiró la mano. Volvió a su postura. En la melancolía de la noche zumbó a lo lejos un:

—Alto, ¿quién vive?

—Soldado de la Libertad.

—¡Santo y seña!

—¡Salud y Patria!

Un indiecito se acercó al hombre del poncho azul, tuteándolo:

—General, ¿quierés mate?

El general no contestó. Dormía de pie...

### El éxodo

El campamento despertó sobresaltado. Un tambor daba el alerta. Algo extraordinario sucedía. Los soldados se apelotonaban, inquietos, nerviosos, entre los caballos. En las carretas, las familias cargaban sus trebejos.

—¿Orden de marcha?

—Sí.

—¿Sobre Montevideo?

—No.

## EL APÓSTOL DEL AYUÍ

---

—¿Entonces? ¿A dónde vamos?

Don Frutos apareció dando órdenes:

—A formar muchachos. Lo manda el general. Pero antes de partir, él quiere hablarles...

—¿El general va a hablarnos?

Había en esta pregunta, una respuesta. "Si el general habla a su ejército alguna cosa grave tiene que decir"... De lo contrario, no hablaría. La ciega admiración que aquellos hombres experimentaban por su conductor, duplicaba en ellos el interés de oírle... ¡El general! Cuántas emociones formidables encerraba para los centauros la palabra del jefe, — gaucho como ellos, — pero cuya bravura de caballero andante los embriagaba de pavor y de orgullo. Para ellos ese hombre era doblemente grandioso porque era, como ellos, un paisano, que parecía haber nacido para mandar sobre el lomo de un pingo, y que, siendo valiente como cada uno de ellos, era más valiente que todos ellos juntos. Por eso lo amaban... Por eso se hubieran hecho astillas con tal de obedecerlo, como todos los astros obedecen al Sol...

—¡El general quiere hablar a su gente!

¡Hablar! Oír lo que dirán esos labios heroicos y repetirlo para la posteridad que tendrá envidia de no haberlo escuchado en carne y hueso!

Los oficiales más próximos al general, hallábanle siempre taciturno. Siempre silencioso. Casi no hablaba: sonreía como un viejo. Pero, era joven. Cuarenta y siete años... Muchos de sus soldados sólo conocían de su voz un grito que le oyeron, allá, en lo más rudo de la batalla de Las Piedras: "¡Viva la Patria!"

Cinco mil hombres a caballo, a pie y dentro de los carros, esperaban la palabra del jefe. Las carretas ofrecían un aspecto pictórico admirable. Estaban descubiertas, sin toldo, coronadas de niños y mujeres en andrajos.

La carreta misteriosa de donde había partido la noche anterior el canto sollozante de la voz femenina, era la única que permanecía cubierta. Era la última de la columna. A su lado, el general, envuelto en el ponchito azul, levantó, desde el trono de su caballo, el brazo derecho con la espada desnuda:

—"Muchachos: el gobierno ha hecho la paz con los "godos", mediante la cual se priva de un asilo a las almas libres de la Banda Oriental. Por culpa de ese tratado de paz se entregan nuestros pueblos a la dominación de aquel mismo extranjero bajo cuyo yugo tuvieron que gemir. Pero el gobierno de Buenos Aires ignora que los orientales han jurado un odio irreconciliable, un odio eterno, a toda clase de tiranía y que afrontarán la muerte

antes que degradarse del título de ciudadanos que han sellado con su sangre en Las Piedras..." (1)

—¡Mueran los traidores de la Patria! — gritaba la multitud.  
El general prosiguió:

—Elfo y la Junta de Buenos Aires me han mandado un emisario haciéndome proposiciones que para mi vanidad significarían la fortuna, si para mi patriotismo no fueran la deshonra. He aquí, soldados, mi respuesta:

Alzóse el poncho. Se quitó las charreteras y las arrojó bajo el caballo. El animal, obedeciendo a un tujón de las riendas, levantó las patas y pisó las insignias.

—¡Viva el general!

—Ahora, muchachos, quien no quiera sufrir el yugo de los opresores, que me siga... ¡Emigremos! No hagamos a los "empecinados" el honor de poner sus cadenas sobre nuestras espaldas. ¡Emigremos! ¡Emigremos!...

El campamento parecía una fragua. Ardía de locura patriótica. En medio de la balumba y del trajín se oía un grito largo y cadencioso:

¡Emigremos! ¡Emigremos!

Y como un eco que hizo palidecer al general, brotó de la carreta misteriosa el canto de pasión y de angustia de la voz femenina sollozando y riendo:

—¡Amor mío! ¡Amor mío!

### En marcha

La columna se puso en marcha. Iban hacia el norte. Iban al infinito de un ensueño... La bíblica emigración de los pueblos de Dios huyendo de los ejércitos egipcios en busca de un refugio sagrado para sus virtudes, reproducíase en América. Abría la marcha el cuerpo veterano de "blandengues". Detrás iban las ocho piezas de artillería conquistadas en Las Piedras. A continuación, los restos del ejército patriota, — heterogéneo, abigarrado, — mitad hombres y mitad fieras, — con prendas de uniforme militar y prendas de vestido civil... En el centro, hacia atrás, las carretas con las familias. Y en todas partes, caballos, perros cimarrones, vacas, bueyes, toros, cabras, todo lo que tenían,

---

(1) Véase "Artigas", "Documentos Justificativos", coleccionados por Clemente L. Fregeiro, pág. 42. Edición de 1886.



## EL APÓSTOL DEL AYUÍ

---

y lo que encontraban. La ley del vencido fué siempre dejar el campo raso para el vencedor... La caravana henchía los senderos. Serpenteaba en las cuchillas y en las lomas. Se filtraba en los montes. Vadeaba los arroyos y los ríos a caballo, a nado, en balsas de urunday y de tala o en botes de cuero seco. Muchas mujeres y niños pasaban sobre el lomo hérculeo de los propios soldados. Crujía el esqueleto de los héroes. Pero sin romperse. Sin doblarse... Es que en aquellos tiempos de pureza divina las madres estoicas daban a luz hombres de machidumbre olímpica con costillas de hierro y espinazos de cumbre!

Llegaban a las rancherías. Los paisanos, al ver aproximar la nube del cortejo fantasma, enterábase de la mala nueva del triunfo de los "godos", y sin que nadie los obligara al éxodo, reunían sus "cacharpas", sus bártulos más imprescindibles, prendían fuego al rancho y se plegaban a la columna trágica, arreando sus haciendas para dividir las como hermanos en reparto común de sacrificio.

¡Emigremos! ¡Emigremos!

Y en las tolderías de los indios, la columna aumentaba también. Los primeros en plegarse fueron los "charrúas", los "yaros" y los "guenoas..." ¡Y cómo no habían de plegarse a la heroica patriada si ellos fueron quienes primero defendieron su derecho a mandar en la patria? Hasta el nombre de sus propias estirpes los echaba a la guerra... "Charrúas", quiere decir: "somos inquietos". "Yaros", significa: "somos insurrectos". "Guenoas", equivale a: "los que están de pie" o "estamos siempre alerta"...

—¡Emigremos! ¡Emigremos!

Detrás de todos, en su caballo blanco, con el poncho azul flameando al viento, marchaba el general. A su lado derecho, la carreta entoldada iba con lentitud. Dando tumbos. Quejándose...

A ratos, partían de su interior las eternas carcajadas y los sollozos femeninos que estremecían el aire. Y después, el perenne estribillo conmovedor que hacía temblar el poncho azul sobre el caballo blanco:

¡Amor mío! ¡Amor mío!

### La Musa

—Primo, tengo que hablarte.

El general había llamado a uno de sus tenientes, don Fernando Torgués.

—¡General!

—Rafaela sigue cada vez peor. Es urgente curarla...

—Entre los charrúas que nos acompañan, — contestó Torgués — va una buena "machí". (1).

—Dile al "tubichá" (2) que la mande en seguida.

Torgués se alejó. Poco después, una india vieja, cubiertos el pecho y la espalda con una camiseta sin mangas, de piel de oveja, acercóse a la carreta misteriosa, y poniéndose delante del general, se cruzó las manos sobre el pecho, diciendo:

—Machí.

El general le mostró la carreta. Levantó la cortina... La "machí" con el ceño adusto para ver mejor, estuvo un rato mirando hacia adentro. Luego, moviendo la cabeza admirativamente, le dijo al general:

—¡Pporá, (3) tubichá!

De la carreta salió una carcajada cristalina y un lamento de ororderito huérfano.

La india retrocedió, espantada, invocando al dios de su raza:

—¡Tupá! ¡Tupá!

El general le dió una voz de mando:

—¡Voi! (4).

La india obedeció, temblando. Introdujo medio cuerpo en el carro. Sobre un colchón de paja, arropada en un poncho, hallábase tendida una mujer. Una mujer bellísima. Su cabellera rubia, suelta, era como oro en hebras. Su rostro, fino y perfecto, y la fijeza de sus ojos negros que de tan negros parecían rojizos, le daban el aspecto hierático de esas vírgenes de madera santa que se ven en Rusia ostentando en las órbitas dos carbúnculos igneos...

La india tomó en sus manos la cabeza de la jovera — una deliciosa cabeza de veinte años, — y apoyándole sus dedos índice y pulgar sobre los ojos mantuvo un rato levantados los párpados, examinando atentamente el fondo de las pupilas locas... La muchacha permanecía impassible, contemplando a la india, mientras una de sus manos deliciosas yacía entre las manos toscas del general que acariciaba los deditos rosados con voluptuosidad tan sensitiva como si cada dedo suyo fuera un beso...

---

(1) "Machí",—en el idioma de los charrúas significa "curandera".

(2) "Tubichá",—Cacique.

(3) Pporá,—Hermosa.

(4) "Voi".—Pronto! Apúrate!

## EL APÓSTOL DEL AYUÍ

---

Después del examen, la india se concretó a decir:

—Tabüg (1).

Echó a correr volviendo, al instante, con un manojo de hierbas secas. Las puso bajo la carreta. Frotó dos piedras. Las chispas incendiaron el pequeño haz de yuyos que ardieron sin echar llamas. Una humareda espesa y gris envolvió la carreta...

### Pancho Bicudo

La columna había tenido pequeños encuentros con patrullas reales, fácilmente vencidas. Cerca de Paysandú, la caravana se detuvo. Un poderoso contingente portugués amenazaba deshacerla. Un "chasque" se acercó al general, diciéndole:

—Son tropas de Maneco, mi jefe.

—Que venga Pancho Bicudo, — respondió, impasible, el general.

Apareció un gigante. Una fiera. Negro. Peludo. Bestial...

—Teniente Bicudo: — elija Vd. cien sanduceros y detenga al enemigo, cueste lo que cueste... Elija cien orientales dispuestos a morir... Es necesario que el Pueblo llegue al Salto, sano y salvo. Y usted lo salvará.

Pancho Bicudo, preguntó:

—General ¿cueste lo que cueste?

—Sí.

—Está bien, general. Le recomiendo a Tinha, a mi mujer.

El general apretó la mano. Bicudo, conmovido, dió media vuelta. Se fué a elegir sus hombres.

Eliigió los mejores; los que tenían cuchillos enastados en cañas de tacuara y los que habían nacido en la brava tierra de Paysandú, porque conocían el terreno e ignoraban el miedo. Además llevaba una jauría de perros cimarrones, que, atados unos con otros, parecían galeotes encadenados...

La despedida fué solemne. El pueblo se hizo a un lado, dejando libre la llanura para que los hombres de Bicudo pudieran maniobrar tranquilamente. Cuando ya el regimiento estaba pronto, oyóse el toque bélico que iniciaba la marcha. Corrió por la muchedumbre, un frío de admiración y de entusiasmo. Aquellos cien hombres iban a morir, puesto que las tropas enemigas eran

---

(1) Tabüg—Loca.

superiores a ellos, en número y en armas. Estaba en la conciencia de todos, la certeza de que no volverían. Pero esta seguridad en la muerte inevitable, no lograba infundirles el miedo del peligro. Dentro de sus ánimos era más fuerte la convicción serena de que realizaban una hazaña superior a la vida...

Aquellos cien hombres levantándose frente al invasor, iban a detener el aluvión torrencioso de los portugueses, salvando la columna de los héroes errantes, facilitándoles la fuga.

El general, con los oficiales de su estado mayor, estudiaba en silencio el movimiento de las gentes de Bicudo. Una mujer, vestida de andrajos, con la cabellera suelta a la manera de las indias y con una vincha roja que le cubría la frente, realzando la belleza de sus enormes ojos renegridos, aproximóse al general y le dijo con esa voz ronca de las personas habituadas a dormir a la intemperie:

—Mi general: yo quiero ir con mi hombre.

—No, Tinha.

Ella se puso a llorar.

¿Quién era esa mujer?

Todos la llamaban Tinha sin que ella misma supiera el origen de ese apodo. Era la "china" de Pancho Bicudo.

El la había conocido allí, en el campamento. Hija única de dos pobres gauchos viejos que los realistas degollaron en su presencia, la infeliz había quedado sola en su rancho. Al pasar la columna huyéndole al martirio, ella fué la primera en presentarse al general. Y huyó con los patriotas. Pero aún temblaba al evocar la visión de sus dos viejos padres, tendidos en el suelo del rancho, próximos a morir. Y todavía temblaba de rabia al recordar las palabras del jefe de los asesinos, — el general Maneco — ese mismo general Maneco contra el cual iba ahora "su hombre" a pelear.

Maneco, antes de matar a los padres, le había dicho:

—Si querés que perdonemos la vida a tus viejos, venite conmigo a vivir.

—¡Nunca me entregaré a un cobarde!

Entonces, ante su negativa, la estaquearon en el suelo, desnuda, atándola de pie y manos, a cuatro palos fijos en la tierra. Ella gritó. Forcejeó. Mordió... Todo fué inútil. Maneco la poseyó sin misericordia y sin deleite... En seguida, en su misma presencia, sin soltarle sus ligaduras, Maneco degolló a los dos viejos, dejándola sola, — solita, — con los muertos...

A los pocos días, Tinha, como ya dijimos, habíase incorporado a la gente de Artigas, ofreciéndose para lavar la ropa de los jefes. De todas las mujeres, era la más animosa. Tenía 18 años. Prestaba

## EL APÓSTOL DEL AYÚÍ

---

ayuda a todos. Curaba heridos. Y cuidaba, sobre todo, de los chicos cuyas madres morían de fatiga en el viaje.

Su desgracia mayor, antes de enamorarse de Bicudo, estaba en su belleza. Los ojos juveniles se iban tras sus encantos. Era apetitosa. Y la historia popular de su aventura con Maneco, la hacía más sabrosa todavía... Pero ella, acostumbrada a defenderse, se encrespaba y rugía dando miedo a los más temerarios. El único que jamás le dijo una palabra para atraer su simpatía fué Pancho Bicudo. Feo, horrible, con su cara llena de tajos y de remiendos — él vivía siempre aparte, sin más amigo que su heroísmo. Era un gaucho triste. De vez en cuando, pedía una guitarra. Cantaba. Su voz era el reverso de su rostro: era una voz suave y honda, que venía de lejos.

—Decíme, Tinha. ¿Por qué te enamoraste de Bicudo? — le preguntó, una tarde, don Frutos. — ¿No te asusta verlo tan feo? Parece un “aperiá”?...

—Así es la vida, don Frutos; a mí él me gusta como a usted le gusta el “aperiá” en el guiso.

—Y ¿cómo jué la cosa?

—La primera vez que lo ví, me asusté. Pero, una noche le of cantar unos versos tan tristes que me tuvieron sin dormir hasta la madrugada. Después, lo ví pelear contra muchos para defender a una muchacha que la habían volteado entre los suyos. Eran ocho. A los ocho, los revolcó él solito. Ese mismo día, a la tarde-cita, lo busqué. Y le dije:

—Diga, fio Pancho... ¿Quiere que le cebe mate?

—De ande, salís tan güena, — me dijo riéndose. ¿Qué bicho te ha picao?

—¡Ninguno! Es que empiezo a aquerenciarme con usted.

—Salí... Salí...

Y me decía “salí”, “salí”, con una risita tan linda y me miraba, bajo el árbol, con una cara tan triste, que ahí nomás le dí un beso...

---

Así se inició el idilio. Se amaban locamente. Se amaban con ese amor agreste y pendenciero de las almas matreras que hoy se besan con besitos de azúcar y en seguida no más se zurran el lomo a rebencazos. Amor humano y lógico que se desahoga y desfallece en las encrucijadas de la noche y que vuelve a renacer a la noche siguiente con mayor energía, como si el perfume de la tierra mojada de rocío y las esencias agrias del enojo, fortificaran sus raíces en el fondo del pecho...

Tincha era hermosa, con esa hermosura de la mujer de campo que cuánto más ordinario es el traje que lleva, más hermosa parecían sus andrajos y su melena flotando al viento, sus ojos negros, sus piernas desnudas, su pecho rollizo y recio como la coraza de un guerrero y su boca carnosa y ardiente difundían en todo el ejército un flúido satánico de voluptuosidad, que preocupaba siempre a Pancho Bicudo. El mejor que nadie sabía que "verla" era "desearla"...

Sin embargo, ninguno atreviase a "faltarle" a Tincha porque Pancho Bicudo no era hombre para pelearlo solo. Quien quisiera ofenderlo necesitaba tener veinte cuchillos prontos para la defensiva. Además, él nunca perdía de vista a Tincha. Cuando menos se le aguardaba, surgía de las entrañas de la tierra, hosco y feroz, mirando de soslayo, y acariciando su terrible trabuco naranjero. De vez en cuando, le daba a su mujer una paliza. Las quejas estremecían la carpa. Pero, a los cinco minutos, cesaban los latigazos y los gritos. Y los curiosos temerarios oían solamente el ruido de los besos...

---

Tincha imploraba frente al general:

—Déjeme ir con "mi hombre".

—No, Tincha. Ya te dije que no. Bicudo no quiere que vayas con él cuando la comisión es peligrosa.

—No importa. Si lo matan, yo quiero morir con él.

Y, luego, endulzando la voz, como hablando en secreto:

—Sí, mi general... Sea buenito! Déjeme ir con mi Pancho. Yo quiero matar a Maneco.

El general se puso serio. Miró con tristeza a aquella mujer tan linda como una flor silvestre y tan heroica como una leona madre.

— Si vas, ya sabés que Bicudo te dará una "tunda"...

—¡Qué me importa! Después de pegarme me dará un beso y... en paz. Los dos juntos pelearemos mejor contra los "godos". Así me vengaré del canalla que me robó la honra.

—Güeno, andá. Tenés razón. Andá y matalo.

Entonces ella tomó la mano de su general y la besó dando las gracias. Salió corriendo...

Poco después, viósele partir al galope de su yeguita zaina, rumbo hacia donde Bicudo se alejaba al frente de sus hombres.

## EL APÓSTOL DEL AYUÍ

---

### El choque de los centauros

Los portugueses de Maneco aparecían detrás de una loma. Eran muchos. Eran miles...

Pancho Bicudo habíase apostado con sus cien hombres en un monte para aguardar al enemigo, disimulando entre los árboles el escaso número de sus sanduceros. Estaba nervioso. Impaciente. Los perros andaban ahora sueltos, husmeando, esperando una orden. A lo lejos sentíase el galope macizo de las caballadas lusitanas. En el horizonte surgía una mancha gris que avanzaba sobre la planicie.

—Allá vienen...

—¡Son muchos! — exclamó Tincha en tono de asombro y de terror. Temblaba.

Pancho Bicudo dió vuelta la cabeza, furioso, para apostrofar a su mujer:

—¡Cómo! ¿Tenés miedo? ¡Maula! Pa qué viniste...

Levantó el rebenque y le pegó en la cara.

—¡Miedo, no!

Y como si la mirada o el rebencazo de "su hombre" la fortificaran se alzó sobre su yegua altiva y gallarda cual una amazona.

—¡Qué vengan, no más! Yo sola mataré a todos los que se me pongan por delante. ¡Ah, juro, Dios mío, romperle el corazón a Maneco!

—¡Cerrá el pico!

Los caballos también se impacientaban. La nerviosidad de los hombres contagiaba a los pingos como el fuego de un rayo.

Pancho Bicudo impartía órdenes; órdenes inútiles, porque cada uno de sus soldados sabía cual era su misión: morir peleando!

—A la primera voz de "aura", que los perros avancen. En seguida avanzaremos todos, sin perdón para naide.

Fué un instante de tragedia. Los portugueses venían en formación abierta, porque el campo era espacioso y la tierra no tenía pantanos. Además, avanzaban sin precauciones. No sospechaban la sorpresa. Sabían que Artigas estaba mucho más lejos y no esperaban aquel sacrificio, aquel holocausto de la "carne de cañón" que iba a morir para que su pueblo se salvara.

—“¡Aura!” gritó Bicudo. Y los perros, obedeciendo a la voz de mando y siguiendo las huellas de un mastín barbudo que iba delante, se arrojaron como tigres sobre la soldadesca. Ladrando, rugiendo, babeando, penetraron en medio de la caballería que se replegaba, atónita por la sorpresa. Los perros mordían las patas de los caballos. Otros saltaban a la grupa de los animales para voltear de un mor-

disco a los jingtes. Algunos, hábilmente enseñados, brincaban hasta el pecho de la pobre bestia, le clavaban los dientes y quedaban un rato, colgados, balanceándose en el vacío, cayendo luego a tierra con un trozo de pellejo sangrándole en la boca. Los demás perros, echábanse sobre los hombres, mordiéndolos en el pescuezo, ahogándolos, estrangulándolos, degollándolos con sus colmillos bárbaros.. Era como si aquellos canes criollos, hermanos de los dueños de su tierra, comprendieran que la libertad sólo podía conquistarse morriendo...

Los realistas, creíanse bajo una pesadilla, dominados por la imprevista tempestad de perros. Aquellos perros parecían locos, como fantasmas e intangibles como visiones de embriaguez. Los realistas hufan a todas partes, gritando, llorando, gimiendo, blasfemando! Pelear con hombres, les hubiera sido mucho más fácil: lo difícil era deshacerse de aquellos animales peludos y asquerosos, que se escurrían de sus manos en la viscosidad repugnante de sus babas y que les atravesaban los brazos con los dientes, sin dejarles mover la lanza ni los corvos, — y que donde ponían la boca sacaban un pedazo de carne viva que, de asco, ni saboreaban, ni comían.

—“¡Aura, nosotros!” — gritó Pancho Bicudo.

Trás la tempestad de los perros, vino el ciclón de los hombres, que, con lanzas y harpones, aprovechando la confusión sembrada por la jauría, arrojáronse ciegos de coraje, sobre la vanguardia portuguesa, destrozándola.

Pero, el ejército de Maneco, era, además de numeroso, sólido en armas y en municiones. El jefe portugués, al ver derrotada su vanguardia, puso en juego su artillería y colocándose al frente de su regimiento de lanceros, corrió en ayuda de los derrotados.

Pancho Bicudo y sus hombres presintieron el peligro. Tuvieron tiempo de replegarse otra vez en el monte con sus perros, para esperar la acometida. La muerte venía en las nubes de polvo que salpicaban la llanura.

—Muchachos, — gritó Bicudo. — No tenemos más remedio que morir, pero que la vida de cada uno de nosotros cueste cara a los mándrias que han hecho de nuestra patria una jaula de leones...”

—¡Viva la Patria! — gritaban los centauros.

Pancho Bicudo dijo a su mujer:

—Tincha, vamos a morir. Dame el último beso...

Tincha acercó su yegüita al caballo de su amado. Con los ojos sin lágrimas lo miró radiante de orgullo. Estiró el cuello para besarlo y se dieron un beso, mientras los demás gauchos, de caballo a caballo, se tendían las manos para despedirse, en el último saludo terreno.



## EL APÓSTOL DEL AYUÍ

---

No había tiempo de sobra.

—¡A la voz de "aura"!

Y todos, hombres y perros, en negro pelotón, chorreando sangre, se arrojaron otra vez sobre los lanceros lusitanos, mezolándose con ellos en las nubes de polvo y en los chispazos de los trabucos, como en una apoteosis.

—¡A muerte! ¡A muerte! — gritaba Pancho Bicudo, blandiendo su lanza con fuerza tan hercúlea, que a cada bote levantaba en el aire a un hombre agonizante.

El choque fué feroz. Eran cien contra mil. Hombres, perros y caballos, — de uno y otro bando — formaban una masa que rodaba en el campo echando fuego y exhalando blasfemias, lamentos y vítores a la Patria. De pronto veíase a un hombre que levantaba en la punta de su lanza a un perro atravesado, que ladraba, arqueándose de dolor y vomitando sangre. De repente, veíase a un perro que había clavado sus dientes en la nuca de un soldado, arrancándolo de su cabalgadura y rodando los dos por entre las patas del mismo caballo que al sentirlos allí, debajo de sus cascos, los pateaba rompiéndoles el cráneo y la espina dorsal...

En el entrevero, Pancho Bicudo se encontró aislado. Varios portugueses con las lanzas en ristre, le formaban un círculo. El se defendía briosamente chorreando sangre, con su cara de facciones horribles y sus tajos abiertos, pero embellecido por su bravura, tal como Tinha lo viera cuando cantaba sus canciones tristes, con esa vocecita melodiosa que venía de lejos...

De su lanza, sólo le quedaba un pedazo del astil. Pero, su brazo suplía con nervios, lo que le faltaba de metal.

Casi todos sus compañeros habían caído. El general Maneco, ante aquella resistencia de un hombre solo que ponía en ridículo el valor de los suyos, gritaba:

—Vamos, coraje!... Maten a ese pícaro!

Pero, por más esfuerzos que hacían, era inútil. No lograban matarlo. Por fin, un soldado tuerto, más temerario que los otros se le fué por la espalda para hundirle la lanza. El tuerto ya echaba el codo hacia atrás para dar el envión y clavarle la púa, cuando cayó, redondo, del caballo. Alguien habíale pegado con una enorme piedra en la mitad del cráneo.

Era Tinha.

Al ver a Pancho en peligro de morir por la espalda, habíase deslizado trás el montón, arrojando al soldado la piedra con sus brazos de bronce, y gritando:

—¡Cobardes! ¡Así no se mata a un hom...!

No pudo terminar. La lanza de Maneco le había cruzado el pecho por el sitio donde tampoco es noble matar a una mujer.

Pancho Bicudo vió caer a su amada. Continuó peleando con una bravura más hostil y más ciega. Dejó el caballo suelto de la brinda para que también peleara, defendiéndose.

No pudiendo matar a Bicudo frente a frente, lo enlazaron por la cabeza y los pies, como a un toro. Lo tiraron al suelo... De un puntapié Bicudo desbarrigó a un soldado.

De repente, vió que se acercaba el general Maneco, — el hombre a quien su Tincha había jurado matar sin lograr partírle el corazón. Al verlo, Pancho Bicudo, que estaba en un charco de sangre, se hizo el muerto. Esperó a que el general portugués se acercara. Este venía con la daga pronta para hundírsela en su cadáver. Lo dejó aproximar y cuando lo tuvo cerca, se puso de rodillas y con su inmensa boca de dientes leoninos, le dió un mordisco, un tarascón salvaje entre las piernas...

—Tomá, pa que te acordés de Tincha, — le dijo escupiendo un pedazo de carne.

### El suplicio

No lo mataron allí mismo. Lo "enchiparon" (1). Lo metieron dentro de un cuero fresco, de vaca, con la cabeza afuera. Lo ataron fuertemente, con guascas de yegua, dejándolo tres días expuesto a los rayos de aquel sol de diciembre. A medida que el cuero se secaba, se encogía, disminuyendo el sitio para el cuerpo. Las carnes estallaban dentro de esa prensa infernal y los huesos salían del pellejo, quebrándose... Para que el suplicio fuera más dantesco todavía, quisieron prolongarle la vida dándole de comer. Un soldado después de abofetearlo, le introdujo en la boca la mano con un grueso puñado de fariña cruda. Pancho Bicudo abrió la boca mostrando sus negros dientes largos, y de un tarascón, otra vez, le arrancó de raíz al soldado, los cinco dedos sucios. Mascó los dedos, llorando. Y murió así: comiéndose los dedos del bandido...

---

(1) "Enchipamientos o enchalecamientos". Véanse las "Memorias" del general Miller.

## EL APÓSTOL DEL AYUÍ

---

### En el Ayuí

La marcha duró tres meses.

Pasaron muchos soles. Pasaron muchas lunas... La caravana, por fin, cruzó el río que serviría de horizonte a su ostracismo: el Uruguay. Vadeado el río, ya libres de las asechanzas portuguesas, los patriotas acamparon a orillas del Ayuí. Vivían como gitanos, bajo los árboles y bajo las carretas. Todos a la intemperie y en miseria salvaje, pero con una conformidad maravillosa (1). En la primera zona del campamento moraban las familias. La segunda, ocupábanla fuerzas militares, que, en posición simétrica vivaqueaban y realizaban ejercicios con palos a falta de fusiles. Los charrúas, en número de 400, vivían siempre aparte. El general les permitía hacer su voluntad de acuerdo con los ritos de su raza. Pero escaseaban los víveres. El hambre derrotaba la voluntad de esos valientes...

—Qué tal, don Frutos.

—¡Vida perra!

—¿Creé Vd. que el gobierno de Buenos Aires nos mandará alimentos?

—Si el general se agacha ante la Junta, sí!

—¿Entonces, don Frutos...?

—Debemos aprender a morir de hambre, camarada, porque el general es como piedra. Por mi parte, prefiero perecer de ayuno, antes que comer un churrasco con los godos...

—Dicen que viene Sarratea...

—Se irá como se fué don Nicolás de Vedia.

—¿Y si le ofrecen al general curarle la demencia a su mujer, siempre que él prometa no pensar en la Banda Oriental?

Don Frutos torció la boca y escupió por entre los colmillos:

—El general no es zónzo, camarada. Quiere mucho a su mujer. La adora con frenesí... Ya lo ha visto cómo vino con ella desde San José, cuidándola como un padre... Desde que ella se enloqueció de celos en Montevideo porque vió al general hablando con su mejor amiga, desde entonces él vive únicamente para quererla... Pues bien: yo puedo apostarle mi cabeza a que el general no aceptaría la salvación de su linda mujercita sin la independencia de la Patria... ¡Qué quiere, camarada, la culpa la tiene Dios que fabricó a los criollos con madera de urunday!

---

(1) Véase la "Memoria" del teniente coronel Nicolás de Vedia, en la "Colección de Documentos", de Lamas, pág. 97.

**La intriga**

En Buenos Aires el triunviro don Manuel de Sarratea se ofreció para domeñar la entereza bravía del apóstol del Ayuí, única muralla que se alzaba en América contra la monarquía.

— Es necesario, — dijo Sarratea, — dejar al caudillo de Las Piedras reducido a la categoría de jefe sin soldados. Yo iré a verle al Ayuí. Le cortaré las uñas a ese león...

Llegó... El general, ciego de ingenuidad ante la astucia diplomática del triunviro, creyó en sus falsedades. Le abrió los brazos, haciéndole una recepción conmovedora. Y el ejército de la Banda Oriental, vestido de harapos, rindió las armas ante el huésped que arribaba con las manos repletas de vituallas y el corazón henchido de vileza.

—General, — le dijo Sarratea con sorna; — vuestro ejército, o mejor dicho, vuestro pueblo oriental es digno de mejor suerte.

—Señor, — repuso el general, — los orientales no aspiramos a gozar de mejor suerte, mientras en nuestra patria tremole la bandera que nos quitó el honor.

Sarratea mordióse los labios. Mas, tesonero y firme en sus argucias, no se amilanó ante la altivez del general que, con el poncho en jirones y las botas abiertas, sabía hablar todavía con la voz de un monarca... El triunviro, valiéndose de engaños empezó desde aquel día a sembrar la cizaña y el soborno entre los oficiales extranjeros. El general en su miseria no podía darles ni siquiera tabaco. Sarratea los embriagó con oro... Muchos huyeron del Ayuí, llevándose sus hombres.

El general, en su lirismo de valiente no pudo adivinar que aquel desbarajuste era la obra del triunviro traidor.

**Ella**

—Señor de Sarratea, quiero tener el honor de presentarle a mi pobre compañera de ostracismo. A mi esposa adorada...

—Gran honor para mí, general.

—La pobrecita no reconoce a nadie todavía. Pero está muy mejor. He conseguido hacerla caminar y en su locura goza buscando flores y escuchando a los pájaros...

—Ha de mejorarse.

## EL APÓSTOL DEL AYUÍ

---

—Así lo espero. Sin embargo, en ciertos momentos pierdo toda esperanza. No me reconoce y sufre siempre accesos de carcajadas y sollozos.

Ambos iban del brazo, conversando. En la carreta del comando, junto a un árbol, con los ojos perdidos en la nada, estaba Rafaela, la esposa del Libertador. Hallábase vestida con un etéreo traje de percal, toda de blanco. Sus dos trenzas rubias con moñitos celestes en las puntas, caíanle sobre el pecho. Estaba divinamente bella.

—Rafaela; aquí tienes a nuestro amigo Sarratea. Salúdalo, querida.

La muchacha tendió la mano a tientas. Como ciega. Sonriendo. Sin hablar.

Sentáronse los tres. Ella, impasible... Sarratea hablaba con el general mirando a Rafaela, sugestionado por el hechizo de esa mujer de almibar. No la miraba: la mordía con los ojos como a una chirimoya, chorreándole la boca. Hombre sensual, lascivo, era inhábil para dominar su temperamento de gozador de climas cálidos... Desde aquella tardecita, comenzó a embriagarse de impudor bajo el encanto voluptuoso de esa mujer perdida en el campamento de los haraposos. Perdida como una flor que se cae en un bache...

De madrugada, don Frutos pasó junto al toldo de Sarratea y lo vió sentado, sin dormir, mirando en la penumbra del amanecer, la lucecita titilante de la carreta misteriosa. Don Frutos escupió por los colmillos...

Otros días se le vió a Sarratea aproximarse a la mujer del general hablándola. Ella no respondía. Lloraba y se reía como siempre...

### Luz

—Es terrible lo que está sucediendo, general.

—¿Qué, Torgués?

—La oficialidad nos abandona.

—No importa. Me queda el consuelo de que los desertores no son los orientales. Son extranjeros!

Torgués iba a exponer sus sospechas sobre el causante de las deserciones. La respuesta patriótica del general obligóle a callar. Se marchó pensando que Sarratea permanecía demasiado tiempo en el Ayuí, conquistando, — engañando, — a su jefe.

El general prosiguió su paseo, entre los soldados, dormidos bajo la noche.

Un perro ladró su dolor a la luna. El general alzó la vista. Miró la carreta de su esposa. Tembló como nunca nadie le había visto temblar... Un hombre hablaba en la carreta, con medio cuerpo adentro. Se le veían las piernas, nada más... ¿Quién era el insolente de tan vil osadía? Era como una sombra. El general se aproximó esquivando la luna. La sombra murmuraba:

—¡Sí, Rafaela! La amo con locura...

En su amante imploración, la sombra tendíase hacia adentro.

—Aquí, su vida, Rafaela, será siempre un suplicio. El general no podrá darle más que desventuras. ¡Míreme! Pero, oígame, Rafaela! Aquí Vd. se morirá de hambre entre estos vagabundos. En Buenos Aires yo le daré cuanto ambicione. Riqueza, gloria, todo! Véngase conmigo...

La loca exhaló una carcajada, llorando. La sombra proseguía:

—El general quedará solo. Su campamento se desbanda... Yo le juro, Rafaela, por mi honor de triunviro, como que me llamo Sarratea, que le quitaré a su marido hasta el último charrúa!

El general no aguardó más. Fué drama de un segundo. Dió un salto de tigre sobre Sarratea y arrancándolo de la carreta lo tiró sobre los yuyos. El general esgrimía su daga para clavársela al otro en el pecho. Sin embargo, el instinto del gaucho que, por dignidad, no mata jamás a un hombre derrotado, lo contuvo:

—¡Levantáte, mierda! — le dijo.

Sarratea se alzó, terrible, con su daga desnuda y echóse a fondo para partirle el vientre de abajo para arriba. El general con la ligereza del fiandú esquivó el golpe, quitándole la daga a su enemigo con la izquierda, mientras con la derecha le tiraba a matar buscando el corazón.

Vibró un grito. Un horrible grito de miedo.

Simultáneamente, del interior de la carreta dos manos blancas detuvieron el brazo armado del general en el instante de tocar con la daga el pecho del triunviro.

—¡Rafaela! dejame que lo achure.

—¡No, amor mío! ¡Amor mío!

Ella ya no lloraba. Ni siquiera refa. Sus ojos se llenaban de una lumbre nueva, como si el bárbaro choque de la emoción sufrida, la sacara de un sueño. Era que el prófugo pajarito azul volvía a sus rejas magníficas de oro!...

El general tuvo la intuición rápida de que la luz brillaba otra vez en el cerebro de su compañera. La abrazó en un abrazo que parecía de nupcias.

## EL APÓSTOL DEL AYUÍ

---

Y, en tanto que Sarratea deslizábase en la sombra, vencido, buscando su caballo, oyóse todavía la música celeste:

—¡Amor mío! ¡Amor mío!

Rafaela, a la luz de la luna, surgía virginalmente hermosa sobre el pecho del Héroe. Surgía tan hermosa que sólo puedo compararla con... ¿Con qué? ¿Con quién? Sólo puedo compararla con mi Patria, conquistada a la locura y al crimen, por la divina magia del Libertador!...

*Juan José de Loiza Peilly*

---



**RUIZ Y ROCA**  
2, FLORIDA, 2 - Bs. As.  
LA CASA DE MODA PARA  
PEINADOS, POSTIZOS,  
PERFUMERÍA

Próximamente inauguración del  
**INSTITUTO DE BELLEZA**

Masajes faciales, depilaciones, manicuras, etc., etc.

**SOLICITEN CATALOGOS**